

lado plenamente el concepto de situación. «La situación, dice Ortega, es, como la misma palabra indica, aquello en lo que se está». Para existir en la situación en que se está, el hombre «debe esforzarse por sostenerse dentro de ella. Lo primero que ha de hacer es decidir qué es lo que ha de hacer». Como se ve, los grandes temas existencialistas, incluso el tema de la decisión, están ya en Ortega. Lo mismo ocurre, en cierto modo, con el tema de la angustia, aunque el filósofo español no se queda en el tema angustioso, sino que sale de él. «La vida, dice Ortega, es, ante todo, falta radical de seguridad, sentirnos náufragos en un elemento misterioso, extraño y con frecuencia hostil». Es una situación dramática que cada uno tiene que resolver por su cuenta, ya que cada uno sólo dispone de una sola vida. Lo primero que ha de hacer el hombre inteligente que está en la situación es ponerse de acuerdo consigo mismo. En este ponerse de acuerdo está la raíz de la satisfacción, porque equivale a la autenticidad. No estar de acuerdo es lo inauténtico, y de esta falsedad surge la peor angustia. Lo mismo habría que decir del tema de la coexistencia. Ortega ha dedicado a esta materia párrafos en los que está el núcleo de lo que el existencialismo ha visto después. Vivir, ha dicho Ortega, en cierta ocasión, es convivir. Pero pudiéramos encontrar muchas conexiones más; el tema de la preocupación, el tema del proyecto como hacerse de la existencia, el sentido deportivo de la vida. Evidentemente, todo lo anterior viene a confirmar la tesis de que haya en Ortega un existencialismo, anterior en el tiempo al que se ha divulgado después y con el cual tiene estrechas relaciones.—E. T. G.

DAL PRA (M.): *Critica metafisica e inmanentismo*. «Rivista di Filosofia», volumen XLIII, 1952, núm. 3, páginas 243-260.

La filosofía moderna y contemporánea ha interpretado muchas veces su desenvolvimiento como una búsqueda siempre rigurosa y radical de eliminar lo que llamamos «residuos de trascendencia». Se ha venido identificando la filosofía trascendental con la metafísica, mientras la filosofía inmanente es consi-

derada y presentada como filosofía crítica, que es decir filosofía sin presupuestos no justificados.

La relación entre ambas actitudes puede indicarse como relación entre la consideración de la evidencia y el significado de la verdad, como relación entre actualidad y universalidad, entre juicio de existencia y juicio ontológico.

Cuando las varias corrientes del inmanentismo han venido declarando la inaceptabilidad de la metafísica tradicional, de tipo trascendístico, lo han hecho fundándose en la disyunción que se verificaba en el mundo de la trascendencia, entre actualidad verdaderamente actual y sentido del ser. En otros términos: el trascendentismo ha sido juzgado como una filosofía, o complejo de filosofía en el cual el principio del ser se presentaba como presupuesto.

Pero es el caso —a juicio de Dal Pra— que el inmanentismo contemporáneo ha mantenido en sustancia la misma fiducia del trascendentismo al afirmar la declaración motivada y sin presupuesto de la identidad de una actualidad inmediata con el sentido del ser. En suma, se trata del paso de la asunción de una actualidad inmediata a su declarada coincidencia con el sentido del ser; se trata de la legitimidad, de la falta de presupuesto. En este punto parece que las varias formas de inmanentismo se comportan de igual modo.

Para esclarecer este punto conviene preguntarse en qué sentido Dios (principio de lo real para el trascendentismo tradicional) es trascendente y en qué sentido es inmanente. Y tras de una argumentación minuciosa que no podemos repetir, llega a la conclusión Dal Pra de que lo mismo el trascendentismo, como el inmanentismo, parten de presupuestos no razonados, no justificados. Y destaca cómo el trascendentismo adopta en la confrontación de lo supramundano la misma posición actualista que el inmanentismo adopta en la confrontación de lo mundano; y, por otra parte, el inmanentismo adopta en la confrontación de lo mundano el mismo dogmatismo que el trascendentismo adopta respecto de lo supramundano. Así, pues, el actualismo dogmático es la característica intrínseca, así en el trascendentismo como en el inmanentismo.

Pasa a la consideración del hombre

para seguir su razonamiento y analiza el punto de la libertad. Para ser libre —piensa Dal Pra— el hombre debe, no ya construir una visión metafísica de lo real, o suponer pragmáticamente un sentido intrascendente al ser, sino suspender la misma actualidad de todo principio mundano o supramundano. El caso es que la metafísica no ha impedido nunca el florecimiento de la libertad, y ya sea en el seno de la metafísica trascendística o de la metafísica inmanentista, la libertad ha encontrado y sigue encontrando el modo de lanzarse a lo actual, a despecho de toda actualidad intrascendente.

Cree Dal Pra que la Filosofía de hoy, no obstante su profunda aversión por la metafísica de la trascendencia, está recayendo inconscientemente en una metafísica de tipo inmanente, y que está dando un paso relevante hacia la metafísica del devenir. Y mérito del existencialismo principalmente es haber puesto luz en la estructura problemática de lo real, que resulta como una profundización crítica del mismo devenir. De aquí que el existencialismo de Abbagnano insista en la declaración de que el nuevo iluminismo acepta el carácter problemático que la Filosofía reconoce en sí misma, porque la realidad es problemática en sí misma. Abbagnano ve en la Filosofía contemporánea el progreso afirmarse de la categoría de lo posible contra la de lo necesario.

No metafísico por excelencia se considera hoy también el pensamiento que toma el nombre de operativismo, cuyas premisas se basan en un afinamiento del neo-positivismo y en el más reciente análisis del lenguaje. Analiza a Geymonat. Este afirma que el operativismo es la respuesta más radical que se puede dar a la crítica crociana del valor cognoscitivo de la ciencia exacta. Es de advertir que el operativismo pone de relieve el carácter facto-operativo de todo el conocimiento, ya sea común, científico o filosófico. Es siempre un conjunto de actos, conscientes o inconscientes, realizados por el sujeto que hace uso del conocimiento.

Geymonat conserva a través de su lenguaje, críticamente muy cuidado de su prosa, los hitos de una metafísica inmanentista. Habla del contenido operativo de las categorías aplicadas en el proceso del conocimiento, como de una descubierta que se presenta como única salida posible de la situación histó-

rica particular en la cual han venido a encontrarse los procesos de conocimiento. Así, pues, el operativismo se presenta como el heredero de un historicismo racionalista.

Concluye Mario Dal Pra su razonamiento con estas palabras: «Si, tal cual se ha argumentado, el inmanentismo no puede reivindicar para sí el carácter de criticidad, por el simple hecho de ser inmanentismo antes que trascendentismo; si, pues, la metafísica inmanentista es arbitraria y pragmática al par que toda metafísica; si, por otra parte, los propagadores más críticos del pensamiento contemporáneo están continuamente en la tentación de dejarse sumergir en la metafísica inmanentista; es conveniente que nosotros volvamos nuestro esfuerzo a la radical suspensión de toda presuposición teorícista, combatiendo aquel actualismo que parece profundamente radicado en nuestras costumbres y que roba el tono religioso a tanta parte de la vida y del pensamiento contemporáneos.»—I. PEIDRÓ PASTOR.

LENI DI SPADAFORA (Francesco): *Il superamento dell'alterità nel conoscere*, en «Sophia», Padova, año XXIII, fascículo II, año 1955, págs. 156-163.

En nuestra filosofía del aproximativismo habíamos ya postulado que la contradicción entre realismo e idealismo está sobre todo alimentada por la filosofía formal propia de la lógica de la identidad, pero que la visión de la realidad, como un permanente devenir, obliga a dejar la lógica de la identidad para intentar aproximarnos intelectualmente al continuo e irrepedido proceso de la realidad. Incluso en el orden personal el espíritu no es sino el desarrollo de la conciencia de sí mismo, por lo que la actividad no es nada que se superponga a la realidad, sino que la realidad misma se ofrece como actividad. Así, el acto visto por el realismo implicaba un actor, un principio activo y, al mismo tiempo, un supuesto pasivo. Por otra parte, el idealismo encerraba la actividad en el ponerse del sujeto como objeto para que el acto tuviese la polaridad agente-paciente. Pero pensemos en que el modo del acto no trasciende al acto, que el espíritu en cuanto promotor del proceso no trasciende al proceso y que, por consiguien-